



---

# ENTREVISTA A JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO

*Amelia VALCÁRCEL y Manuel ORTUÑO*

**Durante los últimos meses vivimos tiempos de acuerdos estatales con el actual partido del Gobierno con el fin de afirmar el marco constitucional frente a los intentos de debilitarlo y cambiarlo por medio de la violencia antidemocrática. Eso ha dado de inmediato al nuevo secretario general del PSOE una imagen popular de político generoso, que no duda en poner toda la fuerza electoral del primer partido de la oposición al servicio de la estabilidad social y de la libertad de todos los ciudadanos de España.**

**Pero en esta entrevista José Luis Rodríguez Zapatero apunta otros muchos caminos por los que ha de discurrir el compromiso de la izquierda para recuperar la confianza de la mayoría del electorado y volver, por consiguiente, desde la leal oposición a las tareas rectoras y efectivas de gobierno. La cultura del socialismo tiene aún mucho que decir tanto en la gestión macroeconómica como en el mejoramiento de la calidad de vida y en el compromiso con una mayor proyección en el mundo de una España democrática, autónoma, abierta y europea.**

—¿De dónde viene tu trayectoria política?

—Vengo de tradición de la típica familia española, producto de lo que fue una derrota más que militar o política, *moral* en la guerra civil. Mi abuelo fue un capitán del ejército republicano, hombre de pensamiento socialista, militar de profesión, que fue fusilado un mes después del «alzamiento nacional», y que legó parte de su sensibilidad social y su vocación por el pensamiento. Hizo un testamento la noche antes de ser fusilado, con un mensaje que ha marcado mi forma de ser y pensar. Pedía que sus descendientes perdonáramos y establecía un compromiso vital que había sido el suyo: la tolerancia y la ayuda a los más débiles. Decía todo esto expresamente en aquel testamento; por tanto provengo de una familia marcada por la derrota moral de los valores del progreso, de la cultura, de la izquierda, que en los años treinta no pudieron florecer en una España marcada por una historia de oscuridad, y que la volvió a sufrir a partir de la confrontación de la guerra civil.

Desde que tuve sentido común tuve esa impronta, no sólo ideológica sino de concepción sobre cómo hay que actuar en la vida y, lógicamente, la vocación por el socialismo y la vocación por la acción política directa me han condicionado. Tanto es así, que me afilié al partido socialista con 18 años y a partir de ahí he tenido una intensa actividad política marcada por el referente moral de lo que representaron tantas buenas aspiraciones del espíritu republicano, del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, del mejor partido socialista, aquél que, como ha escrito María Zambrano, aportó a la cultura algo esencial. La eficacia y la disciplina en la ideología socialista, esa es mi trayectoria última.

También he tenido la responsabilidad pública de ser diputado por León. Lo fui desde muy joven, seguramente porque los compañeros de León fueron tan generosos de situarme rápidamente en esa representación por ser el nieto del capitán Lozano. Durante muchos años, en el PSOE y en la izquierda de León, no fui José Luis Rodríguez Zapatero sino el nieto del capitán Lozano.

—Cuando acaba la dictadura, ¿cuántos años tiene?

—Quince años cuando muere Franco, pero ya sentía una inquietud política evidente. Recuerdo aquella larga noche; recuerdo a mi padre con la radio encendida esperando la muerte del dictador. Y recuerdo la fuerza que había en tanta gente por superar una historia tan negra y para recuperar la izquierda y la democracia en España. En agosto del año 1976 asisto a mi primer acto político, con 16 años, todavía en la clandestinidad, aunque el PSOE estaba a punto de ser legalizado. Fue en Gijón y fue la primera vez que escuché a Felipe González en un mitin enormemente emotivo. Creo que muchos de los que estábamos

allí lloramos porque significaba la recuperación del socialismo, del PSOE, y en Asturias, y la esperanza de la libertad. Recuerdo a un Felipe arrollador, gritando «Ni rejas ni fronteras», y recuerdo un espíritu de unión, de ilusión y de entusiasmo que me llegó al corazón y me hizo desde ese momento sentir una fidelidad total y absoluta con el Partido Socialista Obrero Español.

**—¿Cómo llegaste hasta Gijón?**

— Íbamos habitualmente en verano. Nos enteramos que iba a celebrarse ese acto y fuimos rápidamente, mis padres, mi hermano y yo. Siempre hemos compartido las mismas ideas, hemos pasado muchas noches de nuestras vidas hasta las tres, las cuatro de la mañana hablando de política, hablando del socialismo.

En los primeros años de transición y de emergencia de la democracia, la discusión se centraba en las guías que el socialismo podía tener, y en aquel momento había un debate permanente sobre el reformismo, sobre la «ruptura democrática» con los comunistas, con el partido comunista. La política me ha fluido por la sangre a borbotones desde que tengo uso de razón y las coincidencias de la vida han hecho que tenga ahora la responsabilidad de ser secretario general del PSOE, algo que, sobre todo y más allá de las posibles victorias electorales, me exige que el PSOE tenga mucha dignidad.

Mis obsesiones fundamentales son dos: una, representar con dignidad, que es un concepto que me encanta, al partido socialista; y la segunda, que cuando deje de ser secretario general del partido socialista haya contribuido a que el PSOE esté mejor que cuando entré. Hay que viajar ligero de equipaje, intelectualmente; y con ese horizonte de dejar al partido mejor de lo que lo has encontrado, y a la izquierda española con más fuerza, con más energía, con más capacidad de volver a un debate de ideas. Porque es en este terreno donde creo que la izquierda gana a la derecha: en el terreno de las ideas y de la pasión.

**—Hablemos de una idea que un estadista tiene que poner como fundamento: la idea misma de Estado.**

—Creo que el Estado está en un proceso de cambio como forma de organización política; que no fuera así sería dramático y, además, incomprensible en un momento de la historia de nuestra civilización donde el desarrollo tecnológico y el progreso en todos los órdenes tienen una importancia seguramente comparable a momentos como el Renacimiento, la Revolución Francesa o la Revolución Industrial.

Creo que nuestras sociedades aún no son conscientes del horizonte inmediato que abren los cambios tecnológicos. El Estado está perdiendo soberanía porque la sociedad cada vez avanza

más rápido que los poderes públicos. El desarrollo tecnológico y el impulso de las ideas forman una doble vocación, que es la de unir esfuerzos. Me gustaría que más que los Estados como tales, fueran las sociedades, mediante instancias supraestatales, las que unieran sus esfuerzos. Hay una corriente que, en mi opinión, hay que profundizar: devolver el poder a la sociedad, tanto desde las instancias estatales como, en general, desde las instancias de la representación. El Estado-nación clásico ha dibujado su perfil de soberanía pero tiene que recuperar un concepto central: reforzar la idea de ciudadano.

Hoy Estado significa, para mí, sobre todo ciudadanía. Esto tiene un potencial enorme porque creo que hay que avanzar, que hay que reformular el concepto de ciudadanía que el ser humano ha conocido desde la Revolución Francesa y desde la Declaración de los Derechos del Hombre. Desde la democracia, el contenido del concepto de ciudadanía necesita ser ampliado; y me parece que trabajar en este sentido es hoy la función del Estado, su función principal. Esto está muy relacionado con una visión abierta en materia de pluralidad cultural, étnica, religiosa y también, en mi opinión, con la necesidad de reforzar la libertad, no la libertad entre comillas «burguesa», sino la libertad de lo que supone ser ciudadano en tanto disponer de más poder social. Creo que es una reflexión que se apunta pero aún está pendiente en la izquierda moderna, y que me parece imprescindible.

**—Cuando en los años ochenta y noventa comienza a hablarse del fenómeno de la relativa pérdida de soberanía de los Estados dadas las capacidades de otros agentes internacionales, y surge la teoría de Nozick defendiendo que el mejor Estado es el Estado mínimo, comienza la avalancha neoliberal que también hace un canto al potencial de la sociedad civil. Sin embargo, la sociedad civil de la que hablas parece ser otra y estar vinculada más bien al Estado de bienestar. ¿Es así?**

—Sí, por supuesto, y también está vinculada al concepto de ciudadanía. Creo que la izquierda tiene que ganar para su territorio ideológico el contenido del concepto de ciudadanía, que es el pilar sobre el que se asienta el Estado: más que sobre las fronteras, ya devaluadas, más que la moneda, que va a desaparecer en muchos de los países europeos, más que los ejércitos, también ya casi integrados en misiones conjuntas. Es necesaria una política europea de ciudadanía, pero no desde el punto de vista de identificación con una nación sino de profundización en el concepto, de garantía y ampliación de derechos y libertades públicas. Tiene que empezar una incorporación al concepto de ciudadanía de los derechos sociales.

Hasta ahora, el pensamiento liberal y el pensamiento constitucionalista han articulado su esquema sólo sobre la garantía de

los derechos y libertades públicas, de los derechos fundamentales, digamos que de los derechos políticos clásicos, los que garantizaban las libertades. No había garantías sobre los derechos sociales, por ejemplo. La izquierda tiene que ganar la idea de establecer un derecho de renta básica universal a todo ciudadano por el hecho de serlo. Me parece imprescindible, desde luego, que el Estado y los poderes públicos en general devuelvan el poder a la sociedad. Esto tiene mucho que ver con la perspectiva de la izquierda de un enriquecimiento de la vida local mediante la potenciación del ámbito de la ciudad, del ámbito de lo municipal, que es el primer referente de la ciudadanía.

Creo que ése será el gran reto: la devolución de poderes a la sociedad. Es evidente que este planteamiento tiene poco que ver con los del pensamiento único o los neoliberales. La izquierda tiene que saber ganar la batalla —que es un batalla ideológica— del control de un mundo económico marcado por la libre competencia, que por otra parte asumimos y defendemos como un método positivo de asignación de recursos. Tiene que trabajar por la mundialización, frente a la cual, en principio, creo que la izquierda no puede asumir una actitud defensiva, aunque sea verdad que el capitalismo es tan hábil como para utilizar a aquélla enseguida para sus fines. Pero la izquierda tiene que ganar la idea de que el control de la economía, la ordenación, la intervención en el mercado no es asunto estricta o fundamentalmente del Estado o de los poderes públicos, sino de la propia sociedad; eso es lo que me parece más importante.

Esto nos reabre el concepto de ciudadanía, de los derechos de los consumidores y usuarios, de un horizonte, en mi opinión, fundamental: los derechos de participación, muy agotados, muy poco desarrollados tanto en el nivel individual como colectivo en las democracias actuales. Todo esto, lógicamente, es muy distinto del papel que el neoliberalismo quiere dar a la sociedad, que sabemos es, a la postre, el papel del propio capitalismo y del mundo empresarial sin más.

**—La soberanía de un Estado, ¿puede ser invocada contra los derechos humanos?**

—No. Creo que los derechos humanos trascienden, deben trascender la soberanía, porque la vida y la integridad de un ser humano no pueden estar condicionadas por un poder territorial. Además, el sentido más auténtico, más atractivo, más plausible de la soberanía, es la búsqueda de un poder frente a otros poderes para respetar los derechos de los seres humanos. La esencia de la democracia, del parlamentarismo, es la limitación de otros poderes de todo tipo. No puede haber soberanía para camuflar o limitar los derechos humanos, todo lo contrario, y la comunidad internacional tiene una soberanía superior: la soberanía del ser humano.

**—¿Y soberanía penal?**

—Creo que caminamos obligadamente hacia ello, y además seguramente con un amplio consenso internacional; sin duda se va a imponer, y supondrá un gran avance para la comunidad.

**—En este entorno de mundialización de la economía, de pérdida de soberanía de los Estados, ¿con qué instrumentos cuenta la ciudadanía? Si la izquierda dice que lo importante es que sea la propia ciudadanía la que desde una posición afirmativa asuma el reto de una situación nueva en el mundo, ¿con qué instrumentos puede contar?**

—Como casi siempre, no es un problema de instrumentos, es un problema de batalla ideológica y de batalla de ideas. La izquierda tiene que ganar la batalla ideológica, tiene que hacer entender a mucha gente —y luego demostrarlo con sus políticas— que la sociedad de la información es una sociedad que abre oportunidades para conseguir la igualdad que los precursores del socialismo no podían ni imaginar.

¿Por qué? Porque la clave del desarrollo y del progreso es el conocimiento; lo ha sido en toda la historia de la civilización humana. Ahora tenemos un horizonte de ampliación del conocimiento y de la comunicación como nunca antes lo ha habido. La clave está en que la izquierda sepa liderar ese conocimiento. Este es el campo de batalla, porque cada vez hay más zonas reservadas para la oscuridad, para el poder económico o político. Para simplificar mucho: la izquierda tiene que demostrar su capacidad política y su capacidad de hacer políticas de cohesión e igualdad en la Red.

En cuanto a los instrumentos, creo que el único puede ser la visión de un nuevo orden político e institucional que no vaya a la zaga de la revolución tecnológica. Seguramente antes que después habrá que hacer propuestas más audaces. Europa, políticamente, es débil. Y Europa —que, sin duda alguna, es un ámbito cultural más decisivo de lo que puede serlo un Estado en su papel como regulador, como garante de derechos y libertades políticas, y de los derechos sociales y del control del mercado—, mientras sea débil, no ganará la batalla.

Primero hay que fortalecer la Europa política, la Europa ideológica, frente a la Europa estrictamente como Unión Económica, y vamos a tener que intentar liderarla frente al resto de los escenarios y continentes territoriales, a sabiendas de que EE.UU. está ejerciendo un liderazgo inequívoco en el terreno del avance tecnológico, en materia económica, y mantiene una supremacía política que sólo puede ser contrarrestada por Europa.

Otro aspecto de la mundialización del que se viene hablando desde hace tiempo y que hasta ahora no ha tenido respuesta, aunque es muy importante, es el control del movimiento inter-

nacional de capitales. Creo que éste es uno de los primeros problemas que el Fondo Monetario Internacional debería abordar.

No podemos dejar que las instituciones internacionales sigan siendo las mismas, con parecidos mecanismos, cuando todo ha cambiado tanto. Ese es el terreno que la izquierda tiene que hacer suyo, donde la izquierda tiene que aplicar sus ideas y sus instrumentos.

**—¿Y la mínima igualdad? ¿Ha de ser garantizada sólo por el hecho de disfrutar todos, ciudadanas y ciudadanos, nominalmente de las libertades?**

—No, por eso soy partidario de una renta universal básica que permita a todo ciudadano tener un mínimo existencial asegurado. Sobre esta base mínima esencial, hacer políticas de igualdad hoy, en mi opinión, significa hacer políticas de educación y de investigación. Porque es en ese campo donde se dirime ya hoy la competencia entre valores, y es el terreno decisivo para el futuro. Pero todo ello exige un reencuentro de la izquierda consigo misma. Es necesario que la izquierda y el socialismo democrático dejen de vivir en esa especie de relación dialéctica —en la que, en muchos casos, quedan atrapados— entre la necesidad de mantener unos valores y la exigencia práctica de gestionar unos recursos.

Creo que el socialismo tiene que anteponer los objetivos sociales a los instrumentos. En muchas ocasiones, se priorizan los instrumentos y se cae en una lógica que sólo beneficia ideológica y culturalmente a la derecha. Es decir, cada vez que un partido socialdemócrata, por ejemplo el PSOE, haga una propuesta —ya sea en materia de vivienda, de impuestos, de infraestructuras— hay que explicar cuál es su fin social, a qué proyecto corresponden esa medida y esa propuesta, explicar qué modelo de convivencia subyace. Esto es lo que creo que hemos perdido, y no es muy distinto de hacer una política consciente de lo que es el mercado, de lo que es el mundo capitalista. Sin duda alguna, jugamos en ese terreno, y no sólo eso, sino que no nos da miedo. Porque es verdad que el mercado tiene su potencial y que, en muchas ocasiones, se ha demostrado que con una síntesis inteligente entre leyes del mercado y postulados socialistas se generan sociedades bastante igualitarias y bastante estables.

**—A lo largo de la conversación ya se ha citado varias veces el término «mundialización», y has hablado de ella como un nuevo reto ante el cual la izquierda no debe mostrarse temerosa. En efecto, parece que una parte de la izquierda está pensando que oponerse a la mundialización es una manera de reencontrar su discurso.**

—Me parece una actitud defensiva. Aun estando en desacuerdo con muchas de las consecuencias de la mundialización y ser muy

consciente de sus riesgos más evidentes —agudización de las desigualdades, pervivencia en el subdesarrollo de muchos países—, como alternativa la protesta no es suficiente. No basta con oponerse a algo, hay que tener un programa alternativo. Tan importante como romper la cadena es saber qué se va a hacer una vez libres.

Esto es lo que me preocupa, porque en muchas ocasiones dentro de la izquierda ha habido reacciones que yo califico de resistencialistas o puramente defensivas. Hay que saber nadar en el mar de la globalización y saber marcar el rumbo; pero si la respuesta que se ofrece es salir del mar y contemplarlo protestando desde la orilla, no se habrá hecho ningún servicio a los mejores valores de la izquierda y del progreso.

El progreso tecnológico es, siempre, una oportunidad para el ser humano. Intellectualmente es fundamental que la izquierda, en su objetivo de mejorar la condición humana, reconozca que este objetivo también se realizará investigando, creando, formando, labrando el conocimiento. Este terreno es fundamental para crear igualdad y nadie puede dudar de que la revolución tecnológica es un instrumento con un potencial extraordinario de desarrollo del ser humano. En el momento en que la izquierda se acompleja ante los fenómenos más espectaculares del progreso tecnológico —como la biotecnología o la genética— pierde terreno y pierde su sentido.

Es decir, la izquierda no puede basar su discurso siempre y sólo en la oposición a la injusticia que genera un sistema de mercado. Tiene que ganar en el mercado, tiene que liderar lo que provoca y produce el desarrollo tecnológico. Porque la sociedad intuye que el progreso tecnológico trae muchas cosas muy buenas, y la izquierda tiene que ser capaz de darles la orientación adecuada. Si sólo sabemos protestar sin dar una gran alternativa, no creerán en nosotros. Creo que ése es el motivo del fracaso de muchos procesos: que los valores del socialismo a veces han quedado estancados en la negación y no se han empleado en la construcción de un modelo alternativo.

**—Desde el diseño de alternativas, ¿no es prioritaria la gestión pública?**

—También allí la izquierda se ha encerrado, y esto le ha costado caro en muchos países, donde ha creído que la gestión pública sin más era la solución. Insisto: no es un problema de instrumentos, no es un problema de potenciación de lo público, sino que se trata de ganar ideológicamente y de ganar en todos los terrenos.

**—Con respecto a la gestión pública parece que en los últimos años hemos sido testigos, no sólo en nuestro país sino en la izquierda en general, de la pérdida, por un lado, de las delimitaciones de los espacios políticos y, por otro, de la**

**puesta en un horizonte histórico a corto, medio o largo plazo de las medidas y las acciones a emprender. ¿Es necesario recuperar una cierta delimitación de los espacios políticos y, sobre todo, poner las acciones en un horizonte cercano?**

—Sí, pero con un matiz. Cuando digo que la izquierda gana en el terreno de las ideas, que la izquierda no es mayoría nunca si no tiene un proyecto que dé sentido histórico y social a sus objetivos, no quiero decir que tengamos que volver a postulados o a políticas clásicas. Eso sería simplemente un acto de resignación, un acto de demostración de impotencia. La izquierda tiene que saber liderar el futuro y tiene que comprender esta sociedad, estudiarla y conocerla, y —voy a decir una cosa que quizá sea heterodoxa— para ello la izquierda necesita estudiar más.

El socialismo democrático y el PSOE necesitan conocer mejor la realidad en la que viven, y profundizar intelectualmente mucho más en cómo piensa la ciudadanía, en cómo se mueven hoy realmente los grandes segmentos sociales y cómo se está produciendo el avance tecnológico-científico.

Es decir, el PSOE volverá a ser un partido de mayoría cuando sea el partido que mejor conozca la sociedad española. Tenemos ahí una tarea ímproba y me gustaría que los militantes en las reuniones intercambiaran referencias bibliográficas en lugar de limitarse a votar o a participar en luchas por el poder. Vamos a incentivar la actitud positiva hacia la adquisición de conocimiento en el partido, porque creo que es la clave de muchas de las cosas que tenemos que hacer para volver a tener esa mayoría.

**—Volvamos a la mundialización. Alguien en EE.UU. ha dicho recientemente que los europeos deberíamos resignarnos a que en veinte años Europa sea tan multirracial como Manhattan, que ése era nuestro porvenir y que más nos valía saber aceptarlo.**

—Sí, estoy muy de acuerdo.

**—Si se quiere liderar una sociedad hay que saber también que esta sociedad va a cambiar en los próximos quince años...**

—Y anticiparlo, sí... me parece esencial. Evidentemente, en lo cultural Europa debe abrirse y lo está haciendo. En muchos países hay una cierta resistencia a esta evolución, pero si Europa no asume la multiculturalidad como un valor perderá el tren del futuro, sin duda.

**—¿Prefiere liderar la esperanza que el temor?**

—Por supuesto. Por ejemplo, me resulta preocupante ver que cada vez que hablamos de inmigración esta palabra siempre

lleva como añadido «el problema». La inmigración no es un problema, es un fenómeno. Y es una gran oportunidad de desarrollo para los pueblos que sufren hambre y miseria, y también para países como España. Pero nos va a exigir una apertura en el ámbito intelectual, religioso, étnico y en todo lo que afecta al concepto clásico de soberanía. El Estado del futuro no va a ser un Estado que encierre a los hombres que viven en él, o un ente que pertenece sólo al pueblo que históricamente ha dado lugar a ese Estado y a sus fronteras.

El Estado va a ser el instrumento que garantice los derechos de ciudadanía de todos los seres humanos que quieran vivir, trabajar y desarrollarse en su territorio. Esto es un cambio histórico de primera magnitud y apasionante para la izquierda, porque la izquierda siempre ha luchado precisamente por esto. La izquierda siempre ha apoyado el Estado, ha defendido el Estado como garante de las libertades y como instrumento para el desarrollo del bienestar. Ahora el Estado tiene que cumplir además ese otro gran papel histórico de garante de la relación entre pueblos y, en última instancia, entre los seres humanos. Nunca el Estado va a tener un papel tan apasionante como ahora. Porque es emocionante que España garantice la ciudadanía no sólo a los que han vivido en su tierra sino también a los que quieren vivir en nuestro país y haciéndolo aportan algo que lo enriquece. Esto me parece enormemente estimulante para los valores progresistas.

**—¿Está nuestra sociedad preparada para volverse una sociedad multicultural? ¿Tiene los valores necesarios y los practica?**

—Creo que en muchos casos hay una predisposición más favorable en la sociedad que en el ámbito político. Desde luego, hay que ganar mucho terreno ideológico y me gustaría que no fuera sólo aplicando argumentos pragmáticos. Decir que la inmigración es buena porque las cotizaciones de los inmigrantes servirán para pagar nuestras pensiones en un futuro, me parece de una ligereza moral e ideológica considerable.

Me parece bien que haya inmigrantes que trabajen, que su situación en España esté ordenada porque sin duda esa será una garantía de libertad y de progreso y me gusta vivir en un país que tiene altura moral. Si hay pueblos que se han distinguido en la historia de la humanidad, han sido aquellos que han demostrado que protegen a los más débiles. Este a va ser un baremo muy importante y por eso hemos propuesto un pacto sobre la inmigración: no debemos esperar a que en España gobierne la izquierda y haga una política global de inmigración para que se generen unos determinados valores, sino que la izquierda tiene que tener la inteligencia y la capacidad de conseguir que, con un gobierno de la derecha, como país ganemos esa batalla.

—Hablemos de los aspectos generacionales. Hay una nueva generación de españoles, de la que tu eres un ejemplo, que se enfrenta a los retos de los que hemos estado hablando. Si, como dices, en cada política hay una pedagogía implícita, ¿el partido actualmente en el poder está dando muestras de una pedagogía adecuada para afrontar estos retos?

—Yo pertenezco a la generación que alguien ha empezado a llamar «los hijos del cambio». Estudié la carrera en plena transición democrática, y el año en que terminé mis estudios universitarios, Felipe González llegó al poder. La política, como todo lo demás, se desarrolla por generaciones, y yo pertenezco a la que hoy se ha hecho cargo de la dirección del partido. Tenemos ahora la obligación de llevar adelante un nuevo cambio social y, en mi opinión, este cambio social probablemente pueda ser mucho más atractivo y, si lo conseguimos, resultar de mucho más calado histórico que aquel cambio —con todo lo relevante que fue— que el PSOE protagonizó a la salida de la transición democrática en el año 1982. Tenemos muchas más oportunidades para hacer muchas más cosas acordes con las ideas socialistas de las que se pudieron hacer entonces, por eso digo que el cambio puede ser más atractivo y de más calado. La derecha, que ahora está en el poder, en estos momentos simplemente está disfrutando de acumular el poder por el poder: articulando un sistema de relaciones económicas que le dan poder en los medios de comunicación, en el circuito económico... Pero afortunadamente, y no estoy lanzando un desafío, ese no es mi estilo, la derecha no es consciente de que una vez más y gracias al cambio tecnológico ganará en esta sociedad quien gane en el terreno de las ideas, no quien tenga más poder, ni económico ni mediático.

Por suerte, hoy las ideas pueden llegar a todo el mundo porque el conocimiento y la información circulan como nunca antes, y esto para la izquierda representa un potencial tremendo. La derecha no tiene en estos momentos ni ya proyecto de cambio, ni siquiera de reforma. Estuvo muchos años esperando la alternativa democrática, y después de ganar la mayoría absoluta me parece que está simplemente disfrutando de ese poder e intentando articular unas relaciones de fuerza económica y mediática. Pero no tiene una visión de transformación del país. No hay más que ver los Presupuestos Generales del Estado, cuyo objetivo es una cifra: el cero. Su objetivo para este país es un número tan frío como el cero, tan frío como es el Gobierno. Déficit cero, ese es su gran objetivo nacional y social para España.

—¿Podría decirse que nuestra derecha está repitiendo el programa que tenía para el país en los años sesenta?

—La derecha española siempre ha tenido un atraso en relación con la derecha europea, y me refiero a la derecha democrática.

En España hay una necesidad imperiosa de recuperar terreno en relación con otros países; hay un déficit en cuanto a recursos públicos destinados a la investigación, que es donde se está jugando el futuro de todos los países y de sus sociedades. La derecha no tiene la voluntad política de paliar estas carencias, o no es consciente de su importancia. Sigue con una política basada en un desarrollo que ignora la sostenibilidad; basta con examinar el Plan Hidrológico Nacional que ha propuesto el Gobierno, en el que no se habla de medio ambiente, que está lleno de contradicciones, en el que se desechan trasvases, como por ejemplo del Tajo a los acuíferos de Levante, debido a la mala calidad del agua del Tajo, que no serviría a los agricultores ni para regar.

El reto para España no es sólo la falta de agua, ni el reequilibrio de su distribución, sino disponer de agua mínimamente limpia, y esto no está contemplado en el Plan Hidrológico Nacional. ¿Cómo se puede presentar un plan hidrológico que no sitúe como prioridad la calidad ambiental, que no hable de reforestación, que no hable de preservación del medio ambiente, que no analice el deterioro brutal que determinados sistemas agrarios están produciendo en muchos territorios de España? El plan hidrológico supone pan para hoy para unos pocos, y daños irreparables en el medio plazo para el conjunto del país. Creo que la política de la derecha en cuanto al modelo de desarrollo lleva un retraso de quince o veinte años.

**—¿Puede hablarse de parálisis democrática en nuestro país?**

—Sí, sin duda. Lo he dicho muchas veces: en España ha cambiado todo en los últimos veinte años — las actitudes culturales, el ámbito de las libertades, las relaciones sociales, la economía— pero en la política no ha cambiado nada. El Parlamento sigue funcionando con la misma lentitud desesperante, la relación entre representantes y representados sigue siendo distante, los canales de participación social son manifiestamente insuficientes, los partidos políticos han perdido su relevancia social, que hoy es más bien escasa y me preocupa especialmente en el caso del PSOE. Porque mientras no se recupere como objetivo prioritario para la democracia el papel de los partidos y de muchos sectores y organizaciones sociales, y su participación en la vida pública, la izquierda tendrá dificultades para llevar adelante sus ideales.

El PSOE tiene que ser un partido que preste servicios a los ciudadanos. Nos proponemos hacer un catálogo de servicios al ciudadano, y eso implica muchos cambios internos y, sobre todo, culturales. He dicho muchas veces que el PSOE tiene que primar la cultura del trabajo sobre la cultura del poder. Los ciudadanos tienen que ver que, en efecto, somos una organización que cumple su función constitucional, la cual se ha ido desdibujando de manera notoria y se ha ido perdiendo en la conciencia

cívica. Es un gran reto pero la revolución tecnológica, abre un enorme campo de trabajo a los partidos que desde luego vamos a aprovechar. Va ser posible afiliarse partido por Internet, y mantener una relación permanente y fluida con él a través de la Red. Esto permitirá mantener abierto un debate continuo y en tiempo real, algo totalmente nuevo y que vamos a hacer.

**—¿La nueva realidad del partido socialista puede estimular un acercamiento de la gente joven?**

—Sí, sin duda. Por dos razones: primero, porque la generación que yo represento, la generación de los que han nacido en los años sesenta, es la generación que más ha votado al PSOE, la que más se ha identificado con un proyecto y unos valores socialistas desde que el partido socialista existe.

Es una generación, por tanto, comprometida con el PSOE. A la vez, sirve y debe servir de tránsito natural entre lo que ha sido la generación que quiso la transición y lideró el socialismo, porque ha conocido a esa generación, ha tenido relación con ella, la respeta y va a seguir respetándola. Al mismo tiempo, está más cercana a la generación que le sigue, por lo que comprende mejor los valores de los jóvenes. Una de las cosas que más me incomodan es cuando en mi partido alguien ha dicho que los jóvenes actuales son de derechas o son más de derechas. Me parece de una pobreza intelectual y una impotencia terribles.

A los jóvenes de hoy les sirven como aliento vital decisivo valores distintos a los que se pudieron vivir en la transición. La mayoría da mucha más importancia a todo lo relacionado con la tolerancia, con la lucha por la igualdad, por la cooperación, entiende la política de otra manera. Quiere una política con menos burocracia, menos inercia, menos apegada a esquemas clásicos, más abierta, más directa, más cercana a los seres humanos.

Por tanto, hay que incorporar muchos de los valores positivos de los jóvenes de nuestro país porque —y esta es la gran paradoja histórica— sus valores son fundamentalmente los que han promovido los gobiernos socialistas. Son los valores que inconscientemente hemos hecho surgir en las generaciones de los que nacían con el cambio. Que no lo entendiésemos sería dramático, sería como no creer en nuestro propio proyecto.

A veces la capacidad de percepción de los ciudadanos de lo que sucede en la vida pública es mucho más intensa de lo que creemos los responsables públicos. Mi temor es que no tengamos la capacidad para dar caudal a esa energía.

Desde el Congreso de julio, se han afiliado casi 9.000 personas al PSOE y la mitad de ellas tiene menos de 35 años. Es la primera vez que hay un cambio de tendencia clave y en especial hay muchos jóvenes. Si no somos capaces de canalizar esa energía, de hacer ver que hay un PSOE para el cambio, fracasaremos.

**—¿Cómo es tu partido ahora, cómo tiene que ser?**

—Ahora mismo el partido está en proceso de iniciar el cambio. Creo que en cuanto a la presentación pública ha surgido un nuevo escenario, pero ahora tenemos que poner en práctica el cambio, cuyo triunfo dependerá, como siempre, de que pueda imponerse un cambio cultural. De ahí que uno de nuestros objetivos más queridos sea convertir al PSOE en una organización que lidere el debate cultural en España.

Para este debate, creo que podremos a contar con mucha gente del ámbito de la cultura, de la creación, de la investigación. Y empezaremos con un amplio programa de debate cultural abierto y libre sobre la creación, sobre la investigación, desde el partido socialista. Si la sociedad ve lo que hacemos, conectará con nosotros. Si además de eso el partido empieza a prestar servicios a los ciudadanos, en el sentido más estricto del término, dando respuesta a los ciudadanos o simpatizantes que se acerquen al partido a reclamar algo, a proponer una idea, a exigir una mejora para su barrio... El ciudadano tiene derecho a esa respuesta, y el partido la obligación de dársela, y velaremos por que cumpla esa obligación. Vamos a crear una cultura que incentive la calidad del funcionamiento de las organizaciones del partido.

Este es un cambio de mucho calado, pero se podrá hacer sobre todo si la cultura, en el sentido más amplio del término, el saber en su concepto más profundo, imbuje las agrupaciones y las inquietudes de los militantes.

Creo que ese es el camino y creo, además, que hay voluntad política de hacerlo. Por ejemplo, celebraremos el aniversario de la Constitución con un gran recital de poesía.

**—¿Celebraremos los 70 años del voto de las mujeres, aunque durante 40 no pudieran votar?**

—Sí, también, por supuesto.

**—¿Celebraremos a Clara Campoamor y el esfuerzo que hizo?**

—Desde luego. No sólo eso, sino que creo que, desde el punto de vista de la batalla ideológica, la vía para que el PSOE sea pronto mayoría en este país pasa por tener como primer objetivo la igualdad de los géneros en España. Uno de los síntomas más claros de que nuestro país todavía no es moderno ni avanzado, es la desigualdad de los géneros. La diferencias en la tasa de ocupación, la desigualdad salarial, el desigual reparto de la tareas domésticas, me parecen en estos momentos los síntomas más reaccionarios de nuestra sociedad; y lo más revolucio-

nario, avanzar mejoras en esa dirección. Y ese será el primer punto de compromiso político de la nueva mayoría, aunque por ahora el PSOE parece que va un poco lento; creo que en este terreno el partido socialista tiene que hacer muchas más abdominales.

**—¿La práctica sistemática de la gimnasia de lavar los platos, por ejemplo...?**

—Sí, sí, eso...

**—¿... para el militante de sexo masculino?**

—Es algo que pido en todos los actos; y provoca una situación curiosa. Observo el auditorio y veo un aplauso encendido por parte de todas las compañeras y cierta expresión displicente en las caras de los compañeros.

**—¿Y al lado de esa gimnasia, que al fin y al cabo es físico-moral...?**

—Es, sobre todo, moral.

**—¿... la gimnasia exclusivamente moral de escuchar a la persona que tienes enfrente, aunque no sea del mismo sexo, y entender que se trata de un ser humano racional con unas capacidades iguales, y a veces mayores, que las propias?**

—Algunas de las personas de las que más aprendo son mi mujer y mis hijas. Creo que aprendo mucho porque además son hijas, con «a», y eso es algo fundamental. Como ya he dicho, creo que, en estos momentos, la expresión de esa búsqueda de la igualdad es la palanca fundamental de un cambio social.

**—¿También en los países que no son de nuestro mundo?**

—Me parece que en muchos de ellos es algo absolutamente revolucionario.

**—¿Apoyarías una política internacional de equiparación de sexos?**

—Me parece imprescindible. Los mensajes que sobre la situación de las mujeres en el mundo ha lanzado en los últimos tiempos la ONU son aterradores. Que la izquierda, las sociedades democráticas, los sistemas democráticos no estén en primera línea de combate es un ejemplo de los «michelines» que en muchos casos tienen los socialdemócratas.

**—¿Para cuando un responsable político del PSOE que asista al funeral de una mujer maltratada, igual que asiste a otros escenarios de desgracias?**

—Sin duda alguna, la forma en que se está afrontando en este país el problema de la violencia doméstica es el ejemplo más notorio de la reacción y de la ausencia de un combate moral en el terreno de la igualdad. Además, tenemos un gobierno que no hace absolutamente nada en esta materia. El PSOE va a presentar un proyecto de ley integral para darle respuesta, pero tengo la sensación de que, una vez más, los cambios sociales no dependen de las leyes, sino de las actitudes y de los compromisos. Y si la sociedad no ve que los políticos, que las instituciones, tienen un compromiso intenso y sincero, la sociedad no los tomará como referencia y no habrá un rechazo social activo frente a estas situaciones.

**—Hablemos de referentes ideológicos. Hemos hablado de ideas, pero las ideas siempre se encarnan en las personas que han sido capaces de defenderlas. Si antes hemos hablado del camino que lleva hasta ellas, también se plantea la pregunta de dónde venimos, de cuáles son nuestros referentes, de a quién de nuestro pasado quisiéramos parecernos.**

—Tengo como referente fiel el decurso del pensamiento socialista en España, todo aquello que impulsó la Institución Libre de Enseñanza, que me parece de una calidad intelectual e ideológica difícilmente superable. Es verdad que ha habido intentos de recuperar, de revalorizar ese movimiento, pero no los suficientes, y creo que tenemos ahí una referencia ideológica, en el sentido más amplio del término, incomparable. Me parece que el ejemplo de todos los pensadores e intelectuales que de una u otra manera estuvieron en ese entorno fue decisivo.

**—¿Podría dar algunos nombres?**

—Dentro del ámbito socialista, y de la gente que estuvo en la Institución Libre de Enseñanza, dos de los nombres que destacan son los de Julián Besteiro y Fernando de los Ríos. Me parece que a ambos se los ha estudiado poco, y no me gustaría tener que preguntar a los 400.000 militantes socialistas cuántos de ellos han leído a Besteiro, o a Fernando de los Ríos, o los escritos de Pablo Iglesias. Pero esto es decisivo, y en los mítines en vez de regalar flores, que está muy bien, vamos a empezar a regalar textos de los clásicos del pensamiento socialista español.

---

## —¿Ha cambiado el estilo?

Amelia Valcárcel  
y Manuel Ortuño

—Es lo que nos proponemos. El socialismo, al final, es un maravilloso juego dialéctico entre una búsqueda intuitiva de la justicia y un proceso de reflexión, de conocimiento. Si falla alguna de las dos cosas, el socialismo es endeble y hay escaso potencial ideológico. Así que todo lo que sea fomento del conocer, de la lectura, de la reflexión me parece que es imprescindible. Es que sólo ganamos ahí, sólo ganamos ahí. El gran potencial de un socialista es que siente cosas y que además es capaz de comprenderlas, de explicarlas y de defenderlas. Cuando tiene ese bagaje, el socialismo gana, gana la batalla.

## —El socialismo, ¿es una cultura socio-moral?

—Sí, en cierta medida. En definitiva, el socialismo es la expresión más auténtica de lo que es el ser humano.

## —¿Es un humanismo?

—Sí. Es una mezcla, o una relación entre razón y sentimiento. Si falla el equilibrio, no hay un buen socialismo. Si se quiere, es una mezcla entre reflexión y víscera. Las dos cosas tienen que estar bien equilibradas; cuando se cae en la pura razón, normalmente no se transmite credibilidad, y si sólo hay sentimiento, si sólo hay pasión, seguramente no haya un camino claro para llevar a cabo transformaciones. Todo el socialismo es una relación dialéctica.

En el Congreso dije en una de las frases del discurso de clausura, y también lo había dicho en el discurso en el que presenté la candidatura, que entendía el socialismo como una transición entre la nostalgia y la esperanza: la nostalgia representada por Felipe González y las elecciones de 1982; la esperanza, por la convocatoria para el 2004.

Y me parece cierto. Creo que un socialista siempre piensa que sus ideas tuvieron momentos mejores, pero en el fondo también mantiene la esperanza en que pueda haber una sociedad donde se realicen mucho mejor los valores socialistas. Esa especie de mezcla de nostalgia y esperanza me parece que define muy bien lo que representa el socialismo, o al menos lo que yo siento. Tengo nostalgia de lo que eran los socialistas que vivieron la época de esplendor, de crecimiento del partido socialista en España. ¿Quién no tiene nostalgia de Pablo Iglesias? ¿Quién no tiene nostalgia de su mirada? Siempre me ha impresionado la autenticidad que destila la mirada de Pablo Iglesias. Es la mirada de quien ha visto todo y ha luchado por que otros fueran libres y vivieran bien. Cada vez que veo sonreír a un inmigrante que se ha integrado, siento que se está realizando uno de los valores en los que creo. O cada vez que veo a esas nuevas generaciones que saben que desde que nacen van a tener todas las posibilidades de disfrutar de una vida enriquecedora y de desarrollo personal.

**—Las ideas socialistas, ¿tienen enemigos? ¿O lo único que las amenaza es la inercia?**

—La izquierda sólo tiene un enemigo y es ella misma. Ya sé que esto es un poco heterodoxo y que, evidentemente, es una provocación. Cuando la izquierda posee entereza, fuerza intelectual y confianza moral, no tiene enemigos: gana siempre a la derecha. No hay poder ni económico ni político que se resista a un liderazgo moral, creíble y bien llevado a la práctica.

Esa es mi forma de ver la historia, a pesar de muchas circunstancias... Y en esta sociedad, mucho más; porque es impensable que se ahoguen procesos de cambio por la fuerza, que era en términos históricos el gran enemigo de la izquierda, la fuerza bruta; el conocimiento y la información llegan a todo el mundo y eso impide las conspiraciones, impide procesos que hace 40, 50, 70 años eran más factibles.

**—Parece que existe una tentación de convertir a la ciudadanía en plebe para hacerla más manejable, y que los mecanismos de cultura de masas se pueden utilizar para este fin.**

—Sí, para convertir a los ciudadanos en futuros clientes de la democracia...

**—Y desde muchas instancias parece que se pretende disuadir a los ciudadanos de participar en la política y limitar su papel al de votar cada cuatro años.**

—Pero si la izquierda de verdad hace una política con la participación y desde la participación, creo que tiene las mejores condiciones para que haya un cambio cualitativo de la condición de ciudadano.

**—¿Y si a la gente constantemente se le envía el mensaje de que es mucho más interesante mantener vigilancia sobre la vida sentimental de cuatro figuras con demasiada entidad...?**

—Pues si no se les da otra cosa a cambio, se quedarán ahí. Tengo una gran confianza, que se basa en que he ganado el Congreso Federal del PSOE —que es un partido muy «instalado», entre comillas, en el sistema— citando a María Zambrano, a Azaña, a Fernando de los Ríos, a poetas como Antonio Gamoneda, recuperando la Institución Libre de Enseñanza y con un cambio de discurso. He hablado en cada agrupación de la inflación, o del trazado de las autovías, o de pura política de gestión... he ganado así.

Por eso, tengo mucha confianza en que si la ciudadanía ve a sus representantes y a un partido como el PSOE comprometido de verdad con la participación, comprometido en convertir en referentes para este país a los hombres de la cultura, del arte, de la investigación —y no a muchos de los que tenemos ahora, cuando todo es efímero y superficial y se agota en sí mismo—, una gran parte de la sociedad nos mirará a nosotros. Pero hay que trabajar por ello y poner mucho empeño. La derecha no propugna grandes valores porque, sencillamente, nadie la creería. La derecha puede ofrecer que las cosas sigan, que la gente viva más o menos bien, sin importarle los valores que circulen por la sociedad. La izquierda lleva un discurso distinto, que la sociedad reconoce en otros valores, y cuando esos valores se traducen en actitudes —porque las palabras necesitan la correspondencia de los hechos— son demoledores. Si no se ve a la izquierda así, la gente no puede creer en ella. Es normal que a la izquierda se nos exija más.

**—¿Llegará el día en que el estudio del gasto de los Presupuestos del Estado ocupe los informativos tanto como la sección deportiva, y que los ciudadanos sepamos cuánto estamos gastando, cómo y por qué?**

—Uno de los déficits de este país es su escasa cultura fiscal, en el doble sentido del término. En esto admiro mucho a las sociedades protestantes, tienen un concepto muy afianzado de lo que son sus impuestos. La ciudadanía tiene que ser muy exigente y tener conciencia de lo que es pagar impuestos, pero también tiene el derecho, porque es lo que eleva la conciencia fiscal, a saber cómo se gasta hasta la última peseta el Estado, y eso no existe en nuestro país.

Es una lacra terrible, porque genera desconfianza hacia el gasto público. Por eso una de las propuestas que me parece fundamental es que hay que empezar a diseñar un sistema para que los ciudadanos puedan acceder en tiempo real a través de la Red a cómo se gasta el dinero público. Igual que el ministro de Economía, que en tiempo real entra en su ordenador y sabe en cada momento cómo y en qué se está gastando el dinero la Dirección General de Carreteras.

Me parece un cambio revolucionario que con apretar un botón un ciudadano sepa cuánto se gasta en comidas el alcalde de su Ayuntamiento. Es lamentable que vivamos en un país donde, no ya los ciudadanos, sino los parlamentarios no lo sepan. Aquí si se piden las cuentas, te contestan dos meses después por escrito con un reflejo presupuestario que, muchas veces, nadie puede descifrar porque los datos están absolutamente camuflados. En las sociedades protestantes los ciudadanos son casi tan contribuyentes como ciudadanos, es más, la ciudadanía se identifica mucho con el concepto de contribuyente.

## —La oposición, ¿qué prioridades tiene ahora?

—Básicamente dos. La primera: hacer una oposición distinta, con un estilo político diferente al que hemos vivido habitualmente en democracia, y útil a la sociedad. En un sistema democrático, el papel de la oposición es casi tan importante como el del Gobierno, y este concepto lo hemos perdido aunque es fundamental y está en la cultura política de muchos países. La oposición, a pesar de que haya un gobierno con mayoría parlamentaria, tiene una enorme capacidad para contribuir al progreso social y creo que podemos demostrarlo de muchas maneras.

Segundo: la oposición va a ser una oposición de alternativa. No me interesa que los ciudadanos nos juzguen solamente por una buena capacidad de ataque o de control. Si los ciudadanos piensan que fiscalizamos muy bien al Gobierno, también mañana nos dejarán sólo ese papel.

Por tanto tiene que haber una oposición de alternativa, y la alternativa, en mi opinión, es anticipar el futuro, sobre todo cuando este gobierno ya da síntomas claros de cierta parálisis, de cierto tedio. Ahí es donde tenemos un campo de acción enormemente importante y haremos oposición marcando, insisto mucho, un nuevo lenguaje, algo muy importante políticamente. Porque al final las palabras son el reflejo de cómo se sienten las cosas y tengo un interés muy especial porque desaparezcan el insulto y la palabra soez. Quiero que aparezcan en la oposición la palabra culta, la idea afinada, los conceptos elevados, porque estaremos haciendo pedagogía política y a la vez dejando al Gobierno en su verdadera dimensión, que en términos políticos y culturales es bastante mediocre y hasta zafia.

El modelo de oposición que me produce una tristeza intelectual profunda, es el de los que practicaron con abuso lo más soez de la política. Decía Azaña que la política es el estadio más alto de la cultura, que es en la política donde tiene que haber más cultura. Y la cultura por definición es incompatible con lo soez, con la falta de respeto al adversario. Es todo lo contrario: cuanto más culta la política, mejor llegará a la gente; y para eso hay que extremar la capacidad y la elegancia.

Si ganamos las próximas elecciones, me preocupa tanto que nos voten como que nos quieran. Incluso me preocupa más que nos quieran, más allá de los votos que obtengamos, porque eso significará un cambio enorme y profundo. Por poner un símil futbolístico, siempre es mejor ganar haciendo un magnífico juego, que con una embestida al contrario; es más bonito rebatir los argumentos del adversario que acallarle a base de insultos. Es mucho más bonito ganar así, que la victoria no se deba al cansancio de un Gobierno sino que sea una victoria real, una victoria querida.